

Señor Juez

(Cuento)

Aquel día de caza

T ENGO que contarle, señor Juez, tal y cómo fue todo aquel día de caza, para que se haga usted cargo de cuanto ocurrió allí.

Yo recibí una llamada telefónica, el viernes, día veinte de Noviembre, a eso de las doce de la mañana. Era de mi íntimo amigo César Soriano Duval y me comunicó que contaba conmigo para la cacería del domingo siguiente, en su finca «Los Pozuecos», en la provincia de Cáceres. También me dijo que saldríamos de casa, al día siguiente, a eso de las diez de la mañana y que nos acompañaría Benito Cordero y sus respectivos hijos, niños de nueve años.

Yo le dije a todo que sí, pues en aquellos días estaba César en una excitación nerviosa, que no se le podía llevar la contraria, en nada.

Remató la conversación, concretándose que a las diez en punto del sábado señalado vendría a buscarme. Que le esperase en mi casa y que estuviese con todo preparado, pues él es muy puntual. Yo le prometí que también lo sería y nos despedimos muy cordialmente.

Yo, a Soriano, le quería, de verdad, pues él siempre me hacía objeto preferente de su amistad y lo mismo era el primero en elogiar un artículo mío, que en invitarme a una fiesta en su casa. El sabía que yo le correspondía en aprecio y estimación sincera.

Su charla, en los periodos de nervios subido, resultaba fluente, íntima e interesantísima, pues era hombre de elevada cultura y de una enorme sinceridad.

Para que vucencia, señor Juez, se dé cuenta de sus actitudes y

reacciones, le diré que teníamos una tertulia en un café, en la que llevaba siempre la voz cantante un extraordinario médico, llamado don Eugenio Morales y que, un día, que Soriano fue pillado en un fallo cultural, tras una larga y enojosa discusión con el doctor Morales, César tuvo el gusto de ponerse, de rodillas, ante don Eugenio y pedirle perdón, delante de todos nosotros, a pesar de su condición de Abogado del Estado. En fin, perdone, señor Juez, pero yo creía que era necesario este inciso, para que vucencia se dé perfecta cuenta del relato total.

Al día siguiente, según habíamos convenido, yo estaba en mi casa, con todo preparado, desde las nueve y media. Cinco minutos después de esta hora, César me llamó por teléfono preguntando que si ya estaba dispuesto del todo.

Le respondí que sí.

—¡Bien!—y colgó el auricular.

Cinco minutos más tarde volvió a llamarme, para preguntar que si estaba a punto. Le contesté que sí y él me dijo que estaba deseperado, porque faltaban por llevarle unas botellas de diversos licores que tenía encargadas y que no acababan de llegar a su casa. Yo le dije que teníamos mucho tiempo por delante, pero el me contesto:

—¡Si no salimos a las diez en punto, ya no puede ser.. !

Y volvió a colgar el auricular del teléfono.

Diez minutos más tarde me volvió a llamar y me dijo que estuviese dispuesto y asomado al balcón de mi casa, para verle en el instante que él llamase, pues iba a pasar junto a mi puerta, a las diez en punto. Luego me preguntó que qué hora tenía mi reloj en ese instante. Se la dije y me gritó:

—Vas tres minutos atrasado. ¡Pon bien ese reloj!

—Ya está.

—¡Hasta ahora!

Me asomé al balcón y a las diez menos cuatro minutos ví aparecer su automóvil, por la esquina de la calle. Me despedí de mi familia y bajé con mis bártulos de caza y algunas vituallas.

Me asomé a la puerta y todavía estaba parado, Soriano, en la esquina de la calle. No le daba paso el semáforo y Soriano gritaba y braceaba como un condenado en el infierno.

Le dije, por señas, que tuviese calma y que esperase unos instantes. Ya, por fin, le dieron paso libre y arrancó, a todo gas, llegando junto a mí, echando rayos y centellas por su boca.

Me hizo montar rápidamente en el coche y me presentó a su hijo Luis, un simpático chaval, con cara muy inteligente.

Yo, luego le pregunté:

—¿Y Benito?

Tenemos que esperarle a unos cien kilómetros de aquí. En el bar «Español», que está junto a una gasolinera.

—Perfectamente.

Los primeros kilómetros fueron bien, pero al pasar el puente del Tajo y cruzarnos con el coche que conducía un pacífico matrimonio de viejecitos, se dirigió, derechito, contra ellos y yo no he visto en mi vida unas caras de tanto pánico como aquéllas...

El coche de Soriano se fue tan derechito hacia ellos, que el viejo tuvo que orillar demasiado a la derecha y pegó, un poco contra el pretil del puente.

Por muy poco, no cayeron al río.

Soriano apretó la velocidad todo cuanto pudo. Seguimos nuestra ruta y él no hacía más que pasar a los coches que iban delante, en espesa caravana.

Yo quería convencerle de que todo aquéllo era muy peligroso y, que tuviese en cuenta, que no llevaba más que tres meses al volante.

—¡Pero yo en todo soy genial!—me contestaba, muy eufórico,

—No hagas ni digas bobadas—le repeti una y otra vez.

Soltó una gran carcajada y gritó:

—Caminas con César y su suerte, que dijo mi tocayo, el de Roma.

En fin, entre quiebros y sustos, llegamos al bar «Español». Ya estaba allí Benito Cordero, con su hijo Pedrito. En cuanto César contempló unos instantes al pulido jefe de Correos, con su sombrero de fieltro, marrón oscuro, sus zapatitos de ante y su corbata, a grandes listas azules y amarillas, más la chaqueta entallada y el pantalón, color gris perla, le dijo, dirigiéndose a Pedrito:

—Pero qué asco de padre te has echado tú! ¿Pero habrá habido en el mundo un niño que haya tenido un padre más cursi que éste? ¡Pero qué bonito vienes, Benito!

Todos lo tomamos a broma y entramos en el bar, para tomar alguna bebida, César, ahora, estaba simpatiquísimo y dicharacheo con todos nosotros.

Volvimos a los coches y tomamos el camino de Coria. Ahora, César, iba conduciendo mejor y más tranquilo. Pasamos por Portezuelo, continuamos más kilómetros y llegamos a la finca de «Los Pozuecos».

A la puerta de la casona cortijera había una mujer de unos sesenta años, vestida de luto, con la cara tan chupada como la de una momia y los huesos muy señalados, el pelo totalmente blanco y las

manos negras y arrugadas. Se aproximó y saludó a César, con muy avinagrada cara.

Entramos todos nuestros bártulos en la casona y César nos mostró, a cada uno, las habitaciones en las que habíamos de dormir. En una, con dos camas, quedamos Cordero y yo. En otra, los dos niños. Y en la más interior, César. Encendimos, inmediatamente, la leña que había al pie de la chimenea y nos calentamos, con gratitud. Cordero se entusiasmó con el fuego y comenzó a charlar por los codos.

Yo salí hacia afuera de la casa y César me siguió y me cogió, fuertemente, del brazo, llevándome hacia unas higueras, desde donde se veía el sol poniente. César, se puso dramático y exclamó, con grandes voces:

—Contempla la más hermosa puesta de sol que podrás ver en tu vida. ¡Esto sólo está preparado por Dios para sus elegidos! ¿Pero qué es esto que no dices nada? Si no dices que ésta es la más maravillosa puesta de sol que has visto en tu vida, no te vuelvo a traer a mi finca.

—Pues sí que es preciosa esta puesta de sol.

—¿Sólo preciosa? Pero serás calamidad: ¡Toma, por bruto!

Y me dió un puñetazo en el estómago, que me hizo bastante daño.

Transigi y me hice el desentendido, intentando apartarme de su lado, pero, él, lo comprendió y me volvió a sujetar con fuerzas por el brazo, mientras exclamaba:

—Esta puesta de sol la han cantado desde Unamuno a Baroja y la han plasmado en sus lienzos pintores como Barjola y Ortega Muñoz ¡Casi nada! Y tú, pedazo de atún, te quedas ahí como alelado y todo lo que sabes decir es que sí, que resulta preciosa...

Me despedí de él, como pude y nos fuimos, rápidamente, junto a la lumbre. En el pasillo estaba la vieja, que me llamó por señas y me susurró, cuando estaba junto a ella:

—El señorito ¡Ay, Dios mío, cómo está! Está «arrematao», el pobre. ¡Ay, Dios mío, aquí va a pasar algo! Aquí va a haber una desgracia, porque mi hijo es capaz de matarle si vuelve a hacerle lo que le hizo la otra vez...

Y, como un ave de mal agüero, se perdió en la oscuridad de los pasillos, entre sibilina y ululante.

Se iba haciendo de noche. Cordero seguía hablando y, los niños, le oían, embelesados. De repente Soriano dijo que nos íbamos a ir,

cazando, en plena noche, montados en su coche, hasta el vecino pueblo de Moratilla.

—¿Y los niños?—le pregunté.

—¡Que vayan acostando!

Discutimos un poco, pero, se salió con la suya.

La señora Fidela prometió encargarse de la cena de los chavales y de que se acostaran. Todos quedamos conformes.

Montamos en el coche y por entre hoyos y barrancos, sorteando robles y encinas, César lanzó el vehículo, a toda velocidad y aquello parecía como si avanzásemos sobre un terremoto desatado. Salían conejos a un lado y a otro de nuestro paso, deslumbrados por los faros del automóvil, pero con aquel vaivén continuo, no había forma de hacer buena puntería y, entre los fogonazos y los estampidos de los tiros, los tumbos y vaivenes del coche y los gritos y rugidos de César, el espectáculo era apocalíptico.

Así seguimos, no consiguiendo matar más que dos conejos, que nos bajamos a cogerlos y dejamos en el fondo del coche, entre las grandes risotadas de César.

Salimos a la carretera general y llegamos al pueblo de Moratilla. Entramos en una taberna, César habló, muy compechanamente, con los veintitantos hombres que allí había y dijo al tabernero, que todo lo que hubiesen tomado, lo pagaba él, más otra ronda de vino. Ellos le dijeron expresivas palabras de agradecimiento y nos despidieron, pruebas de afecto y cortesía, entre tosca y tímida.

Después fuimos a la casa de un buen amigo de César, el señor Domingo Regalado, que estaba con su mujer, viendo la televisión. El señor Domingo le tenía preparado a César una sorpresa, pues le dijo que le estaba criando unos perdigones, para regalárselos en la época de la caza al aguardo. César le abrazó, casi hasta asfixiarlo. El señor Domingo nos sacó unos buenos trozos de queso, unas rebanadas de pan y una jarra de vino, de todo lo cual dimos buena cuenta, entre animada charla. Después nos despedimos, con un cordial abrazo.

Seguidamente visitamos, en su casa, al alcalde que era una guapa mujer de unos cuarenta años, fina de nariz, verde de ojos, ovalada de cara y con una voz armoniosamente matizada. Elisa, que así se llamaba, nos explicó, con serenidad y talento, todos los problemas del pueblo, el más inminente, el de la cena para los pobres, en la cercana Nochebuena.

César, saltó al instante, muy acalorado:

—Cuenta con cinco mil pesetas de cada uno de mis amigos y yo

daré hasta donde haga falta, pero, aprieta con una buena cantidad a mis primos, los Burniegos, que para eso son los más ricachones y mandones del pueblo, cuando no estoy yo aquí.

Inmediatamente, con los ojos desorbitados, protestó, muy airadamente, Benito Cordero:

—¡No, yo no! Cinco mil pesetas, yo no doy. Yo no puedo dar esa cantidad, nada más porque lo diga éste. Apúnteme con quinientas.

Se encrespó César con él.

—¡Pero nada más que quinientas, pedazo de roñoso! ¡Eres un miserable!

Cordero, más serenamente, comenzó a argumentar:

—Tú, debes de disponer de tu dinero, pero no del de los demás.

—¡He dicho que tenéis que dar cinco mil pesetas cada uno!

—¿Pero y quien eres tú para mandar en mi bolsillo?

—El señor feudal de todas estas tierras y vasallos.

Ante el giro que iba tomando la disputa y lo desagradable que resultaba, delante de aquella fina mujer, me sentí en la obligación de cortar:

—Bueno, cada uno te enviaremos, Elisa, lo que podamos... ¿Te parece?

—Claro que sí. Y muchas gracias, por adelantado.

Soriano pareció quedar tranquilo y satisfecho y como si tuviese ya el pensamiento en otros asuntos.

Nos despedimos y volvimos al cortijo, hacia la una de la madrugada, tras cenar en una taberna del pueblo.

Antes del amanecer oí tocar el piano, que estaba en la habitación que servía de comedor. Me levanté y fui hacia allí. Ví que era César quien tocaba, muy bien por cierto, teniendo por oyente a un perrazo del ganado llamado «Guerrero», que lamía las manos al ejecutante.

César se alegró de verme y me dijo, muy contento:

—¡Así se madruga! Sí señor, eres un tío grande. ¿Y ese gándul de Cordero?

—Está roncando como un bendito que es.

—Voy a despertarle.

—No, hombre...

—Ya verás.

Se fue a la cama donde dormía Cordero y, después de darle unos empellones, le roció la cara con agua fresca. Cordero se levantó, sobresaltado y de muy mal humor y, entre los dos, se organizó una gran trifulca, tan enorme que los niños y la señora Fidela, se despertaron, se levantaron y vinieron, todos muy alarmados... Pronto se

calmó todo, pues el bueno de Cordero, se avino a levantarse. La señora Fidela hizo lumbre en la cocina y nos preparó café y migas, que comimos con gran apetito y alegría.

César ordenó, como un coronel en cuartel, que saldríamos todos de cacería, inmediatamente, partiendo del cortijo y caminando hacia un lugar muy abrupto, denominado las Pedreras.

Cordero, con amabilidad y buenas maneras, decidió:

—Yo me quedo aquí, charlando con la señora Fidela.

Soriano se puso como un energúmeno:

—¿Y para eso has venido a mi finca? ¡Al mejor coto de caza de toda la provincia! ¡No te lo consiento, por mi madre!

—Pero si ya ves cómo vengo...

—¡Sí, ya te veo, cacho de tonto!

—Ten cuidado con las palabras, hombre, César, por favor, que están los chicos delante...

—Como si está el archipámpano de las Indias ¡Venga, vente con nosotros, sin decir una palabra más, que se hace tarde!

—¡Que te he dicho que no y es que no!

Ni con ruegos ni con amenazas hubo forma de hacer salir a Benito de la cocina hacia el campo,

Partimos hacia las Pedreras. Los chavales, muy valientes, vinieron con nosotros. El terreno era muy abrupto y la andadura muy difícil. Hubo momentos en que tuvimos que coger a los chiquillos en brazos para que pudieran atravesar ciertos lugares muy peligrosos, sobre un hondo abismo. Recorrimos mucho terreno y no salían piezas por ningún lado. César estaba desesperado y cansado. De vez en cuando nos deteníamos y fumábamos un cigarro, entre amena e íntima charla. Seguimos andando y cuando vimos que los niños ya no podían más, decidimos volver al cortijo.

En la puerta estaba una pareja de la Guardia Civil.

La señora Fidela, que estaba junto a ellos, explicó:

—Por usted venían preguntando, don César.

—Bien, pasen ustedes. Van a tomar, con nosotros, el aperitivo.

Entraron los guardias, un poco tímidamente, tomaron el aperitivo ofrecido y dijeron que venían para preguntarle a don César si tenía sospechas de algún criado, sobre el robo de una docena de ovejas que habían desaparecido de su finca, hacía unos ocho días.

César dijo que no y que les agradecía el interés que habían tomado en el asunto.

Seguimos charlando con los guardias de mil temas distintos y ya

los civiles dijeron que tenían que resolver otros asuntos, se despidieron y marcharon.

César cambió de humor y se metió y se metió muy fuertemente con Benito por no haber venido con nosotros y le dijo tantas y tales barbaridades, ante los niños, que se puso muy triste y a la hora de la comida dijo que no tenía apetito alguno y que no probaría bocado. César se volvió a enfadar, por este motivo con él, pero le pasó pronto y le gastó algunas bromas, con mucha gracia. Todos los demás conocimos y bebimos como gañanes. Cantamos viejas y nuevas canciones. César tocó al piano, una bella obra zarzuelera. César y yo seguimos cantando y bebiendo a más y mejor. Contamos chistes y hasta hicimos números de circo. La señora Fidela iba y venía, retirando el servicio y tenía cara de estar muy asustada. César reía, a grandes carcajadas, por cualquier cosa. Confesó que estaba muy bebido y que en aquellas condiciones, no se atrevía a conducir el automóvil. Era, ya, bien anochecido...

—Bueno, pues nos lavamos con agua fría, nos despejamos y salimos a dar un paseo por ahí... — propuso Benito.

Trazamos el plan y, al fin, quedamos en que saldríamos por el camino principal de la finca, en el automóvil de Benito. él conduciendo y César y yo, con las escopetas preparadas, junto a las ventanillas, por si salía alguna pieza.

César aceptó el proyecto. Montamos en el coche y los niños iban adelante, con Cordero.

Partió el automóvil. A los cinco minutos de marcha, me salió una perdiz, a mi derecha, como a unos treinta metros de distancia.

—¡Tira, rápido!— gritó César.

Lo hice y fallé. César se enfureció y, con la culata de su escopeta, me dio un fuerte golpe en el pecho. Me puse serio y le dije que si me volvía a golpear, por mi madre, que le pegaba un tiro. César se quedó muy pensativo y me dio muchas explicaciones y abrazos de amistad.

Seguimos la cacería y saltó un conejo por mi lado. Disparé, de forma forzada y no cayó la pieza. César se enfureció, chilló muchos insultos y me volvió a golpear con la culata de la escopeta en el pecho. Yo, instantáneamente, sin pensarlo, volví mi escopeta hacia él, apreté los dos gatillos y vi cómo todo el cuerpo de César se volcaba hacia el mío, sangrando por muchas partes.

Eso es todo lo que tenía que decirle sobre la muerte de César, señor Juez.